

Zaldívar

2845

Santiago, 21 de Mayo de 1982.

Estimado Andrés,

conteste tu carta de 7 de Mayo, que recibí alrededor del 12.

En primer lugar, te pido perdón si alguna frase de mi carta del 15, escrita al correr de la máquina, te causó molestia o dolor. Nada más lejos de mi intención. Tú e Inés saben el profundo afecto que Leonor y yo les profesamos. Tú sabes, además, que desde que fuiste mi alumno en la Escuela de Derecho, siempre te he distinguido con una sincera amistad y te he dado reiteradas muestras del aprecio y admiración que te profeso. Tú, con Juan y Rafael -pero tú el primero-, han sido como mis regales en la dirigencia del Partido; yo -al menos- los he sentido (talvez con cierta vanidad) como mis discípulos. ¿Cómo podía, en tales condiciones, querer causarte alguna herida?

Pero esa misma simpatía y amistad, me dan títulos para hablarte con mucha franqueza. Y si mi frase -que tú en parte reproduces literalmente y en otra parte con evidente alteración de su sentido- fué desafortunada, talvez lo fué por la honda preocupación que siento por tí, por Inés y por los tuyos. Excúsame que insista en el tema. Será por última vez; pero creo cumplir un deber al hacerlo, aunque aparezca ingrato. Y te ruego no ver en mis palabras ningún "juzgamiento" ¿Quién soy yo para juzgarte? ¿Con qué derecho? Solo quien haya vivido la experiencia del exilio podría encontrarse en situación de hacerlo. Yo soy un privilegiado frente a tí. Como lo comprendo muy bien, sólo quiero colaborar contigo con una reflexión de amigo a la distancia. Reflexión de quien, porque no sufre el problema, pero es capaz de ponerse en el caso de quien lo sufre, conserva mayor serenidad, cabeza fría, capacidad de raciocinio.

¿De qué se trata, Andrés? De que ante el hecho brutal de tu exilio, tenemos que tomarlo tal como es; una injusticia atroz que -sin embargo- mientras Pinochet siga mandando en este país hay pocas esperanzas de cambiar. Por lo menos en el corto plazo, no parece haber ninguna posibilidad.

Naturalmente, tú tienes todo el derecho de luchar porque se ponga fin a tan injusto castigo/ y se te permita regresar a tu patria. Tus camaradas y amigos, por nuestra parte, tenemos el deber de hacerlo. Pero tu y nosotros debemos tener conciencia de que esa lucha es, al menos en el corto plazo y salvo un milagro, una lucha sin esperanzas.

Frente a esta realidad, a tí se te plantéa un dilema ante el cual tienes que optar: o vives en función del regreso, porque la realidad del exilio se te hace insoportable (para tí e para tu familia), o aceptas esa realidad como una condicionante temporal de tu existencia y tratas de sacarle el mejor provecho para la causa a que has consagrado tu vida y que motivó la injusticia que padeces.

Si tu opción es la primera, creo honestamente que lo correcto es lo que en un comienzo te aconsejó Eduardo Frei, lo que señalaron aquí algunos Obispos y el Papa recomendó a algunos exiliados polacos: negociar condiciones honorables para volver, firmando documentos que sean satisfactorios para el César, lo que necesariamente significa que han de ser duros y limitantes para ti. Eso es lo que quise decirte con la frase "cualquier cosa". Naturalmente no se trata de una "confesión de culpabilidad", ni de nada que te deje en posición indigna o desdolorosa. Pero sí, -tenemos que entenderlo claramente- que signifique un sacrificio de tu orgullo legítimo, incluso de tu amor propio.

Entendámonos, Andrés; yo no te recomiendo que hagas eso. No me siento con derecho a recomendarte nada. Pero te digo con la mano sobre el corazón que yo -si me encontrara en tu caso y llegara a convencerme que el exilio me resultara indispensable a mi, o a los míos-, creo que lo haría. Y, si lo hiciera, creo que mis amigos verdaderos -aquellos cuya opinión aprecio-, no me juzgarían mal; me comprenderían y respetarían, y que yo conservaría en tal evento su estimación y respeto. Sabría, claro está, el sacrificio político que ello me significaría, al menos por algún tiempo, y lo asumiría como el precio que debería pagar por la felicidad mía y de mi familia de volver a vivir en Chile.

Pero si tu descartas esa posibilidad tienes que asumir decididamente la otra opción; quemar las naves y -sin perjuicio de mantener en alto la bandera de la lucha por tu derecho a regresar- organizar tu vida enteramente sobre la base del no regreso por un tiempo más o menos largo. Y, en tal caso, procurar sacarle el mayor provecho posible a esa dura situación, tanto en lo que respecta a trabajo por la causa como a maduración personal.

Ahora bien; ¿qué es lo que motiva mi preocupación? Que me parece, a juzgar por las noticias contradictorias que nos traen quienes te visitan y regresan, por tus cartas y llamados telefónicos, por algunas actuaciones tuyas, que hasta ahora tú no has optado decididamente en esa alternativa, que vacilas y que -de una u otra manera- sigues un camino intermedio que no es uno ni otro. Te escribí bajo la impresión de lo que me contó Raul de una larga conversación telefónica que habían tenido en esos días. Y aunque esa impresión haya pasado, sigo creyendo -ojalá me equivoque- que tu no has optado decididamente. Y creo que eso te ocasiona un gran daño. Primero, daño para tu propia salud, para tu sistema nervioso, para tu estabilidad emocional. Enseguida, daño político, porque te muestra en posiciones voluntaristas y no siempre compatibles unas con otras.

Jamás se me pasaría por la mente sugerirte que no te ocupes de lo que aquí ocurre. Sería pedirte lo imposible para una persona como nosotros; sería -también- una injuria. Si hemos entregado nuestras vidas a lo que honestamente creemos el bien de Chile, no se nos puede pedir que no nos preocupemos de lo que pasa en Chile. Pero si tu opción es aceptar el hecho del exilio -aunque luches contra él-, para que esa preocupación por las cosas de Chile sea buena, fecunda, positiva, debe expresarse y realizarse -como te digo en mi carta anterior- "en la perspectiva del futuro y no de la coyuntura". ¿Qué quiero decirte con esto? Que sin información inmediata y sin posibilidad de influir

de modo efectivo e importante en lo que aquí acontece, malgastas tus esfuerzos al querer seguir todos los hilos de lo que aquí pasa e, incluso, dentro de algunos ámbitos, determinarlos. Esto, Andrés, vale incluso para el Partido. Tienes que hacer confianza en los que aquí quedamos. Siempre tus sugerencias, opiniones y consejos serán bien recibidos y apreciados con interés por tus amigos; pero no debes sentirte ni molestarte porque no se hacen las cosas como tu las sugieras.

En resumen, mi querido Andrés; creo que la distancia obligada a que estás sometido representa limitaciones que tienes que aceptar. Pero creo que esa distancia, también, te dá ventajas que tienes que aprovechar. Bien sé lo que estás haciendo en la Fundación. He recibido dos números del Boletín, que tuviste la gentileza de enviarme. Me han parecido excelentes. La publicación del "Mensaje Humanista" de Eduardo Frei significa un homenaje y una difusión allá muy importantes. Pero creo que, además de eso, hay muchas otras cosas que podrías emprender allá, especialmente en relación a lo que aquí llamamos "proyecto alternativo". ¿Hacia dónde van las democracias modernas? ¿Qué pasará con el mundo en desarrollo? ¿Cuáles son las tendencias prevaletientes en economía? Esos y muchos otros son temas sobre los cuales tu podrías procurar formarte un criterio más documentado e ilustrado que el que nosotros podamos lograr acá, y sobre los cuales tus informaciones y reflexiones podrían ser de enorme valor.

Confío en que resulte lo de la Unión Mundial, en lo que tendrás trabajo capaz de llenar tu vida durante tu tiempo de exilio, entregado como siempre al servicio de la causa desde una posición que te permita ser eficaz y creador y prestar buenos servicios a la DC y a Chile. Si eso resultare, todas estas palabras de mi carta anterior y de la presente estarían demás, porque una vez más la Providencia Divina se habría encargado de solucionar el asunto y poner frente a ti un camino creador.

Te ruego, una vez más, recibir estas consideraciones -hechas con mucha amistad y buen propósito- no como una crítica, sino como la colaboración fraterna de un viejo camarada y amigo.

Y paso a otro tema, igualmente espinado. El de tu situación con motivo de la elección de nueva Directiva. También te pido leer mis palabras como las de un amigo que te aprecia y que, lejos de querer incomodarte, daría cualquier cosa por darte una satisfacción en medio de tus aflicciones.

Como me lo pides, leí tu carta en la sesión de instalación de la nueva Directiva. Pero no la leí entera, sino sólo los párrafos que siguen los números 1, 3 y 4. El comienzo y el final me parecieron más personales; el párrafo 2 temí que pudiera herir a Tomás (A este propósito, te informo que la cosa se solucionó como tu dices: el manejo internacional quedó a cargo de Juan; Tomás sólo será el encargado especial de los asuntos relacionados con ODCA, pero bajo el ámbito de la Vice-Presidencia Internacional que conduce Juan. Resultó un parto difícil y doloroso; espero que funcione).

Por su parte, Gabriel informó de su conversación contigo en términos concordantes plenamente con tu versión.

Es sensible que las cosas no hayan pasado como queríamos. Créeme que cuando te dije, en mi carta anterior, que hasta fines de mayo no habría "ninguna comunicación, declaración ni trascendido sobre nuestros pasos", te expresé lo que todos queríamos de buena fe y estábamos convencidos que ocurriría, por nuestra propia seguridad. Lamentablemente, seguimos siendo bocones, o estando infiltrados, o nuestros pasos son todos detectados. Sólo así se explica que a los pocos días La Segunda publicara aquí una información más o menos completa; "El Mercurio" una crónica bastante chueca y que el cable haya enviado la noticia para todo el mundo. Los primeros sorprendidos y afectados hemos sido nosotros mismos.

Estoy seguro que de parte de Gabriel no hubo la menor intención de atropellarte, ni de subestimar la importancia de tu presencia, al no sugerirte que fueras a Bonn. Creyó, y así lo pensamos acá, que dada la naturaleza de la invitación que tenía, no era pertinente hacerlo. Y estuvimos todos de acuerdo en que allá aclarara las cosas contigo, del mejor modo posible.

Tus reflexiones me dejan un sabor amargo, por dos razones;

a) porque no me parece justo ni exacto que tu te sientas "separado abruptamente de tu cargo" y puesto frente a nuestros amigos extranjeros "en una posición bastante ridícula y deteriorada". Tu sabes muy bien que, cuando te expulsaron del país, ya estaba en marcha la organización del proceso de renovación de directiva. Jamás manifestaste, ni antes ni después, que te sintieras con algún derecho a permanecer indefinidamente en la Presidencia. Después del exilio, barajamos fórmulas para que tu posición en el exterior fuera la mejor posible; pero nunca se sugirió por ti ni entendió por nadie que no debiera elegirse en Chile nuevo Presidente. Ni creo que ningún extranjero amigo nuestro esperara que tu debieras seguir ejerciendo la Presidencia desde afuera; por el contrario, creo que todos comprenden que era necesario que nos diéramos autoridades acá, con plenos poderes, y que al hacerlo, eso no lesiona en nada tu situación, ni disminuye tu ascendiente entre nosotros. Tengo el convencimiento más cabal de que nadie te considera en situación "ridícula ni deteriorada". Creo, también, que lo que nuestros amigos no habrían entendido habría sido que, por consideraciones hacia tí, nosotros te mantuviéramos a la cabeza del Partido y no designáramos autoridades acá con plenos poderes; y

b) porque me siento culpable de que, en mi intervención en esto, en la búsqueda de alguna fórmula, no haya sido suficientemente claro y, sobre todo, no haya advertido a tiempo los equívocos que entrañaba la que te sugerí y tu aceptaste, que resultó teórica y, finalmente, Gabriel no aceptó, como creo que tu tampoco habrías aceptado. Era muy manifiesto que mantenerte el título de Presidente "en el exterior" y tener otro Presidente "en el interior", con preeminencia del último, era algo que sólo se iba a prestar para dificultades, especialmente en el exterior, donde creo que nuestros amigos no lo habrían entendido.

Es sensible lo ocurrido. Creo que más que culpables individuales, lo fuimos todos, por nuestro afán excesivo de encontrar soluciones amistosas. Me alegra tu decisión de "no volver sobre el tema". Veo a Gabriel muy bien dispuesto y confío que todo marchará bien y

que tanto ante los nuestros como ante los extraños, lejos de salir disminuido tu saldrás rubustecido en tu autoridad moral.

Confío, también, que lo de la UMDC resukte. Aquí todos estamos dispuestos a jugarnos a fondo y así lo decidimos. Entiendo que Gabriel te informa en su carta sobre los pasos que se están dando. Ojalá nos vaya bien con José Antonio Allende. Se escogió a Tomás para hacer la gestión por considerársele el más amigo de él. Pero aún si así no fuera y Allende mantuviera su postulación, nos moveremos con todos nuestros amigos para obtener una definición favorable y luego.

Contariamente a lo que me dices, creo que tu elección como Presidente de la Unión, si bien significará una gran responsabilidad y te dará bastante trabajo, no significará mayores riesgos en tu exilio, sino te hará más respetable, significará un gran honor para ti y para la DC chilena y te dará oportunidad para servir a la causa y a nosotros acá mejor que en ninguna parte.

Bien, Andrés. Esta se ha alargado demasiado. Tenía pensado escribirte también sobre la iniciación de los trabajos del nuevo equipo, que se está organizando sobre la base de los criterios por ti sugeridos en tus cartas. Pero la hora pasa y esta tiene que partir. Trataré de esetema en una próxima, ya con alguna mayor experiencia.

Entretanto, te vuelvo a pedir que me perdones cualquier palabra o concepto que estimes injusto. Mi ánimo es sólo el de un leal amigo. Trasmite a Inesita y a tus niñitas nuestros más cariñosos recuerdos y recibe, una vez más, un cordial abrazo de tu amigo